

SUEÑOS Y REALIDADES TRAS LOS NOMBRES DE LA CIUDAD¹

Recibido: 09-07-2022
Aceptado: 08-09-2022

Anderson Jaimes Ramírez²
Museo del Táchira, Venezuela
Grupo de investigación Bordes, Venezuela
andersonjaimes@gmail.com

Resumen: Un elemento fundamental que contribuye a configurar un sentido de pertenencia social de un individuo o de un grupo es la que se deriva de su entorno, es decir de la apropiación del espacio que lo rodea y contextualiza. Mediante de la identificación simbólica del espacio o de su acción transformadora es que el espacio se vuelve significativo. Uno de los mecanismos de apropiación, en cualquiera de los anteriores sentidos, lo constituye el hecho de nombrar el espacio. La toponimia, entendida como el análisis del nombre y significado, atribuido a los espacios, aporta valiosos datos para la comprensión de un espacio territorial y centro urbano. Nos aproximaremos a las formas como ha sido nombrado el espacio geográfico y la realidad urbana de la actual San Cristóbal, capital del Estado Táchira en la República Bolivariana de Venezuela. Así se buscan otros caminos para comprender los fenómenos históricos y culturales suscitados en este territorio de los andes.

Palabras Claves: Villa de San Cristóbal, Valle de Santiago, Zorca, cronistas de indias, conquista.

1. Ponencia presentada en el **XIII Seminario Bordes: Madre Tierra: capas, frutos, agua, minerales y otros elementos primigenios**, celebrado los días 8 al 10 de septiembre del 2022 en la ciudad de San Cristóbal, Táchira-Venezuela. Disponible en: <https://youtu.be/XR6yOQweU0Y>

2. Licenciado en Teología y Filosofía (Universidad Católica Santa Rosa, Caracas), Magister en Etnología (Universidad de Los Andes, Mérida), Estudiante del Doctorado en Antropología (Universidad de Los Andes, Mérida). Departamento de Antropología del Museo del Táchira. Facilitador en el Diplomado de Formación en Patrimonio Cultural y Arqueología. Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0349-8233>

Dreams and realities behind the city names

Abstract: A fundamental element that contributes to configure a sense of social belonging of an individual or a group is the one derived from its environment, that is to say, from the appropriation of the space that surrounds and contextualizes it. It is through the symbolic identification of space or its transforming action that space becomes meaningful. One of the mechanisms of appropriation, in any of the above senses, is the naming of space. Toponymy, understood as the analysis of the name and meaning attributed to spaces, can provide valuable data for the understanding of a territorial space and urban center. In this article we will approach the ways in which the geographic space and the urban reality of San Cristóbal, capital of the State of Táchira in the Bolivarian Republic of Venezuela, have been named. In this way, other ways are sought for the understanding of the historical and cultural phenomena that have occurred in this territory of the Andes.

Keywords: Villa de San Cristóbal, Valle de Santiago, Zorca, Indian chroniclers, conquest.

Una de las características olvidadas del pensamiento moderno, es que este tiene la particularidad de privilegiar las metáforas. Muchas de sus narrativas e incluso presupuestos más acabados, se han formulado desde esta figura literaria. Una de las más recurrentes y constantes imágenes que lo han acompañado, inclusive la que más se acerca al alma misma de la concepción de lo moderno, ha sido la del “progreso”, a tal punto que puede considerársele como la metáfora fundadora.

De la metáfora del progreso se derivan las demás que van a sustentar la cosmovisión de todos los productos del pensamiento moderno. Dentro de su influencia se constituyen las formas de entender las realidades, desde las del cuerpo, las que no tienen sustrato material y las del mundo mismo. El espacio, la tierra y todo lo que sobre ella se desarrolla, se va a inscribir en esta dirección trascendente del progreso. Es decir, se genera una emergencia del espacio como relación de esta metáfora del progreso, por es allí donde la temporalidad hará que se vaya constituyendo como realidad histórica esa metáfora de progreso sobre todo lo que este contiene. Ver los momentos históricos y sus componentes supone entender las expresiones de relaciones en un espacio determinado, hecho complejo y particular de un tiempo y espacio concreto, modo privilegiado para comprender el pensamiento y la praxis de los grupos.

Es por esto que se habla de la memoria de la tierra, que supone una mirada de un territorio determinado en un contexto histórico particular. En este caso nos referiremos a el Valle de Santiago, espacio donde a lo largo de la historia se ha consolidado una serie de hechos y acontecimientos que han dado origen a la constitución de la ciudad de San Cristóbal, hoy capital del Estado Táchira en la República Bolivariana de Venezuela. Esta aproximación nos hará entender y valorar una serie de realidades concretas en un contexto

espacial y simbólico. Se devela así, un modo de imaginar lo real espacial, matriz de las referencias con que se van a imaginan todos los aspectos de la realidad pasada y presente de esta tierra andina.

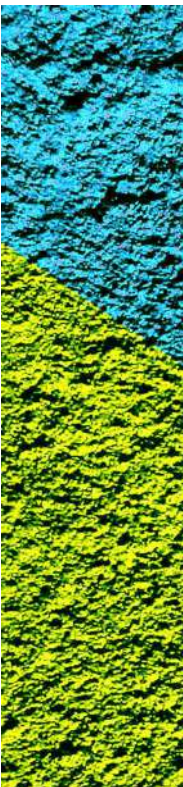
I. Contexto: 1531

Los Welser eran una familia de banqueros que el 27 de marzo de 1528, firman un convenio con la corona de los Augsburgo, representada por un endeudado emperador Carlos V, para la explotación de los territorios que van desde Maracapana hasta el río del hacha. El 28 de febrero de 1529 el nuevo gobernador a la recién fundada Coro en medio de una gran pompa. El Libro I, capítulo 8 de la Recopilación historial de Venezuela, escrita por Fray Pedro Aguado, hace referencia a la primera incursión de los Welser en el espacio territorial que posteriormente se conocerá como el Valle de Santiago y donde, 30 años después, se consolidará la Villa de San Cristóbal. Su título va a sintetizar los contenidos que recogerá este Franciscano: “En el cual se describe como metiéndose Vasconia por los despoblados y arcabucos de la culata de la laguna, pereció de hambre él y todos los demás que con él iban”.

Gasuña o Vasconia, usado indiferentemente por el cronista, es el nombre del lugarteniente designado por el entonces Gobernador Micer Ambrosio Alfinger, para que con 25 soldados trasladara a la ciudad de Coro todo el oro “rancheado” a lo largo de un inmenso territorio. Se calcula en 60mil pesos el precio de los objetos, en su mayoría de carácter religioso, que en su larga travesía habían arrebatado a sangre y fuego. Habían partido de Coro caminando la costa pasando por el lago hasta internarse en el continente desde la desembocadura del llamado Río del hacha. Después de muchas guerras y caminos se encontraban cerca de donde, más adelante, se fundaría Pamplona.

Vuelven a Coro

por muy diferente camino que habían traído con su gobernador, porque como el paraje donde a la sazón estaban era más arriba de la culata de la laguna de Maracaibo, parecía buena conjetura que atravesando o bojando por tierra la serranía que por allí había, ir a salir de la otra banda de la laguna, sin tener necesidad de atravesar aquel ancho lago ni desandar el camino andado [...]. (Aguado I, p.77)



Caminó algunos días por **tierra alta aunque montuosa y mal poblada** [...] era cubierta de muy altas montañas y arcabucos [...] todo sería acompañado de algunas raras poblaciones [...] caminando algunos días por despoblados, siguieron la travesía de la culata de la laguna sin que ningún camino le guiase, apartándose tanto de las poblaciones que a las espaldas dejaban, que cuando quisieron volver no pudieron por respecto de que se les había acabado la comida que llevaban, y sin ningún recurso de mantenimiento, como sólo esperanza de hallarlo adelante [...] acordaron poner o dejar el oro escondido o enterrado en una parte señalada, para que si saliesen a poblaciones españolas o de indios pudiesen volver por ello [...] Vasconia y su gente enterraron estos 60mil pesos al pie de una Ceiba, árbol muy grande y señalado de aquella comarca, y casi dejando sus corazones allí soterrados con aquel metal, comenzaron a caminar por aquellas montañas, a ver si podían hallar algún género de comida de cualquier suerte que fuese; y viendo que no lo hallaban y que las naturales fuerzas casi del todo les iba faltando, comenzaron a matar algunos indios e indias a las que consigo llevaban para comer de ellos [...]. (Aguado I, p.77s)

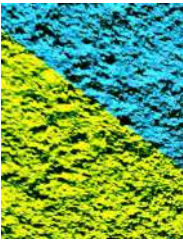
El sueño: El paraíso, lo paradisiaco, el esplendor físico, las riquezas

La sensibilidad de los descubridores europeos ante la magnificencia del trópico, les lleva a emplazar el paraíso terrenal en Paria y el litoral guayanés, como se registró desde el principio con los testimonios de Cristóbal Colón y Américo Vespucio. En ambos, la naturaleza tropical está en perfecta armonía con sus riquezas paradisiacas, lo que lograron transmitir a la Europa en el alumbramiento de la Edad Moderna. (Cunill, 2011, p. 47)

De esto existía ya una dilatada tradición de la cual da testimonio, entre muchas otras cosas, los mapas de la época. Y es que todos los viajeros conocían una abundante cartografía medieval que señalaba las múltiples posibilidades de un emplazamiento del edén. En muchos de ellos, el paraíso era accesible a los más devotos y valientes, tras un dilatado trayecto por un mar lleno de monstruos.

Esta idea de lo paradisiaco se extendió pronto a los territorios del “nuevo mundo”.

[...] dominaba un clima paradisiaco de primavera perenne con temperaturas deleitosas, sin la variedad de estaciones que se reconocen en los climas europeos; flora fragante siempre verde y frondosa y compuesta de árboles frutales, prados extensos y flores multicolores. En dichos parajes se distinguían aves que embrujaban por su canto y deslumbrantes colores, junto a animales míticos [...]. (Cunill, 2011, p. 47)



En las cortes europeas, en la alborada de los tiempos modernos, dominaba la incredulidad hacia el imaginario edénico medieval. Por eso sonríen ante las afirmaciones del almirante, mientras que Vespucio, más avezado en el mundo cortesano, habla más bien de lo paradisiaco, partiendo ya no de los mitos sino de la fauna y flora. Por esto, “la persuasión colombina de que el paraíso terrestre estaba inserto en la geografía de Paria no tuvo gran interés en la Europa de su tiempo. Gran diferencia con los hallazgos perlíferos y otros aspectos [...]” (Cunill, 2011, p. 49).

El esplendor físico de Venezuela, su territorio, su biodiversidad y recursos naturales, se fueron conociendo gracias a los viajes de andaluces por el litoral. Alonzo de Ojeda, Juan de la Cosa, Américo Vespucio, Alonzo Niño y Cristóbal Guerra en 1499. Vicente Yáñez Pinzón y Diego de Lepe en 1500 entre otros, navegaron desde la desembocadura del Amazonas hasta el Orinoco y de allí por Maracapana, Paria, Trinidad, hasta la Goajira. Esta grandeza de superficie territorial se refuerza con la importancia estratégica de su situación geográfica que le da pronta accesibilidad al Atlántico y en consecuencia al Mediterráneo. Un territorio sobre el mar de los Caribes, vía obligada de las rutas de la carrera de las indias.

Otro valor fundamental se encuentra en el hallazgo de perlas y oro recogido en los centros indígenas, así como materiales preciosos para el ornato español. Productos exóticos, rica biodiversidad, recursos minerales y elaboradas manufacturas, van a satisfacer la sensibilidad europea. “La realidad de las importaciones americanas por la carrera de las indias supera al imaginario de la fantasía” (Cunill, 2011, p. 29).

La Realidad: El desencantamiento del nuevo mundo.

Tras la búsqueda de un huidizo paraíso que no era tal, viene el desencanto. Volver sin un gigantesco tesoro, reconocer que es un

equivoco la extensión del mito de las riquezas del Perú y Tenochtitlan causan un terrible desencanto dentro de la epopeya cotidiana de los que venían tras el sueño de una riqueza fácil (Salvioni, 2004). Pobreza desesperación, canibalismo, se proyectan sobre la realidad regional en una rotunda oposición con el mito de sus riquezas y promesas. Se da un terrible desajuste entre el mito y la experiencia. Esto traerá como consecuencia un cambio en el discurso que se había hegemonizado en un primer momento. Del desbordamiento, la desproporción, la maravilla, las figuras fantásticas se pasa a otro del defecto, la violencia histórica, los hechos, la desgracia, las guerras.

Así, ante la visión fecunda de las formas y el sentido, se contrapone una visión defectiva donde la negatividad despoja la forma y escatima el sentido. Un discurso de la escasez que banalizará incluso lo notable y que juntos van a construir el modelo cultural de las sumas mezclas y de las nuevas realizaciones que hacen la diferencia latinoamericana. Ante esta realidad, ni siquiera la cultura de los libros se revela útil para la supervivencia en estos territorios descomunales.

La misma historia se convierte en crónicas de fracasos y desencantos. De todos aquellos que se pierden y se comen en las selvas del piedemonte norteño y sur del lago, solo sobrevive Francisco Martí. Abrazado de un tronco se deja llevar por la corriente de un río (¿Zulia, Catatumbo, Escalante?), para ser recatado por una comunidad indígena con quienes se queda a convivir. Encontrado por los españoles años más tarde, es obligado a servir de guía en busca del tesoro escondido que ya se había convertido en una obsesión al conocerse lo sucedido con la malograda expedición Welser. Escapa varias veces buscando retornar al cobijo de sus salvadores.

Al saberse en Coro la muerte del gobernador Alfínger, al ser atravesada su garganta por una flecha envenenada cerca de Chinácota, le sucede Jorge Spira. Acompañado por Felipe de Utre, emprende una nueva expedición en 1534, esta vez hacia los llanos de Barinas. Sigue por el piedemonte en dirección a occidente. Pasa por el sur del Táchira, donde envía al teniente capitán Francisco Velazco a buscar alimentos en los valles altos. Allí encuentran una “gran casa secreta con un gran cultivo de maíz” (Simón II, p. 60). Continúa hacia lo que es hoy Pamplona y continúa a Tunja y Santa Fe.

En 1535, Nicolás Federmann sale de Coro, pasa por el rancharío fundado por Alfínger donde después se consolidará Maracaibo. Ya en la

costa occidental se encamina hacia la depresión del Táchira. Pasa muchos trabajos en “[...] dos muy largas y extendidas ciénagas, llamadas Arechona y Caocao que, aunque de poca agua, eran dificultosas de pasar por ser tan lamosas y llenas de cieno” (Simón II, p. 63). Sube luego a la cordillera, allí llegan a pueblos de naturales donde “encontraban algunas ropas y mantas de algodón razonable, y cantidad de hilo de lo mismo, de muchos colores, en ovillos y madejas, que tenían escondido los indios, por librarlo de las manos de los españoles” (Simón II, p. 64).

En la cordillera pasa el invierno “que iba despuntando aprisa [...]”, envía delante al capitán Pedro de Limpías, “[...] buscando en ella algún buen sitio acomodado en suelos y de comidas, donde poder con alguna comodidad invernar todos [...] halló cantidad de pueblos con abundancia de comida y sitios como deseaban para pasar el invierno” (Simón II, p. 65). Ya en 1536, sigue a los llanos, funda un pueblo a orillas del río Meta y sube el páramo de Sumapaz. En el altiplano de los Muisca se va a encontrar con Sebastián Benalcázar, que sube desde el Ecuador y Gonzalo Ximenes de Quezada que ya andaba por allí y quien fundaría en el sitio del encuentro a Santa Fe de Bogotá.

En 1541, Hernán Pérez de Quezada, es enviado por su hermano el gobernador Gonzalo Ximenes, a conquistar La Casa del Sol, que las leyendas relálicas situaban cerca de las actuales fronteras colombo venezolanas. Años antes, su hermano había encontrado y destruido una de esas casas porque no halló en ella tesoros sino momias, maíz y mantas, mientras porfiaba que en algún sitio había otra llena de oro. Ese templo de Sogamoso:

[...] era un bohío o casa de admirable grandeza. Tenía 200 pasos de largo y cada frente 2 puertas grandes [...] era un templo de aquellos bárbaros donde hacían sus sacrificios al sol, a quien tenían por dios y en donde tenían muchas doncellas recogidas, que eran ofrecidas como sacrificio por sus padres, con las cuales estaba un indio viejo, que era como sacerdote para aquellos ofrecimientos [...]. (Aguado I, p. 179)

Cerca de Chinácota, antiguos soldados que acompañaron a Alfínger le hicieron desistir de la idea de seguir tras los pasos de Iñigo de Vasconia.

II. Contexto: 1547

Fray Pedro Aguado será quien por primera vez describa la empresa asumida por los habitantes de El Tocuyo (agua de yuca), el descubrir la provincia de las sierras nevadas y consolidar un camino para el intercambio de ganado y víveres con la Nueva Granada. La expedición organizada para esto fue dirigida por el capitán Alonzo Pérez de Tolosa quien “[...] subiendo por el río Apure arriba, fue a dar al valle de Santiago, donde ahora está la Villa de San Cristóbal del Nuevo Reino, y de allí a los llanos de Cúcuta” (Aguado I, p. 299), se encontraría con grandes dificultades que lo harían fracasar en su misión y regresar sobre los pasos andados.

Y siguieron por otro río (Uribante) que con ese mismo se junta, que baja de las provincias y valle de Santiago...caminaron por este río... nuestros españoles, y cuando estaban cerca del propio valle, les salieron a recibir, con armas en las manos, muy gran número de naturales del propio valle de Santiago, que teniendo noticia de las nuevas gentes que hacía su tierra se acercaban, con determinación de defender la entrada y rebatirlos si pudiesen, habían salíosle al encuentro, una jornada río abajo, por la angostura de él. Mas después de cerca se vieron, admirados y espantados de ver la nueva manera de gentes nunca por ellos vista, y los caballos y perros que llevaban, fueron suspensos de tal suerte que ni para acometer les quedó ánimo, a los cuales los españoles arremetieron y mataron e hirieron muchos de ellos [...] y de algunos indios que tomaron tuvieron noticia los nuestros, que más arriba estaba otra población o pueblo grande, que era el que ahora es la Villa de San Cristóbal, llamado **el pueblo de las auyamas, por la mucha abundancia que de ella había en este pueblo** [...] pues a este pueblo de la auyamas caminó al otro día el capitán Tolosa haciendo la jornada de noche por ser menos sentido por los naturales, y llegando al pueblo cuando amanecía, como ya los indios tuviesen noticia de los españoles o de sus crueldades y los vieses entrar por sus puertas, dieron se más a huir que a tomar las armas ni defenderse. (Aguado I, p. 300s)

Diego de Lozada va a capturar mujeres y niños escondidos en la otra banda del río. En Táriba, un nuevo enfrentamiento donde resulta herido Pérez de Tolosa, sale huyendo del valle hacia la Loma del Viento

y de allí a los llanos de Cúcuta. Se decide el regreso al Tocuyo, aunque algunos hombres prefieren aventurarse hacia la Nueva Granada buscando los caminos por donde anduvo Pérez de Quezada.

El Sueño: El oro aluvial

Fue sostenida la demanda hispánica de minerales preciosos americanos, contribuyendo los territorios que hoy corresponden a Venezuela a satisfacer moderadamente desde finales del siglo XV hasta comienzos del XVII. Estas cantidades discretas, nada comparables a las reproducciones auríferas mexicanas, centroamericanas, peruanas y del Nuevo Reino de Granada, no fueron suficientes para satisfacer el afán excesivo de riquezas en las islas antillanas y en la península Ibérica. (Cunill, 2011, p. 171)

Los españoles que ejercían cargos y responsabilidades de gobierno no estaban ganados para la fantasía, esta era patrimonio de los que ambiciosos y analfabetas. Desde el principio los reyes y las cortes vieron en la aventura de las indias desde el único objetivo de la búsqueda de oro y poder en una época en que se imponía el capitalismo y la modernidad. Por ello no hubo interés por las narrativas del paraíso, pero sí por las muestras de oro que llevó de vuelta el almirante.

El deseo vehemente por el oro, el apetito sensual por su calidad y cantidad, tenía una percepción distinta en Europa y América. En el viejo continente su posesión era sinónimo indiscutible de riqueza y por ende de poder, de allí el interés pecuniario de su atesoramiento. Mientras que para los pueblos originarios de América no era atesorado, sino usado como adorno, es decir tenía un valor estético y un soporte de la memoria mitológica y simbólica. Ejemplo de esto es la costumbre de pueblos chibchas de mezclar oro de elevada pureza con otro material, como el cobre, para lograr una aleación donde simbólicamente se hacen presentes dos principios de su cosmovisión: sol – luna/ Chía – Ches.

Cristóbal Colón había hallado en las Antillas “oro guanín de baja ley”, llamado también chafalonía o tumbaga que los indígenas decían que procedían de tierras más allá de las islas. En 1499 Pedro Alonso Niño y Cristóbal Guerra establecen lo que se conoció la ruta del oro guanín en el litoral del continente, donde estos hacían transacciones de

baratijas europeas por sal, oro, perlas y artesanías. Llegaron a acopiar importantes cantidades de oro utilizado por los aborígenes en múltiples formas de ornamento y que fueron ulteriormente fundidos. Esto es testimonio de la insensibilidad de los “descubridores” europeos por la belleza del oro trabajado por los artesanos indígenas, que tenían un hondo contenido simbólico que expresaba la sensibilidad mítica de las diversas etnias.

El continuo robo y arrebatamiento a las diversas poblaciones, del oro guanín que tenían acumulado por generaciones, se mantuvo con fuerte vigencia hasta las primeras décadas del siglo XVI, para luego desaparecer rápidamente por la intensidad depredadora de estos botines. Esto hizo que los invasores buscaran los paisajes que eran fuentes locales de suministro aurífero. El gobernador Juan Pérez de Tolosa dedicó grandes esfuerzos a labores de exploración para precisar noticias de oro aluvial. Esta es la verdadera razón de la expedición hecha por su hermano Alonzo hacia las sierras nevadas.

La obsesión del oro va a dar origen al mito de “El Dorado”. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, narra el encuentro de Nicolás Federmann, Sebastián Benalcázar, Gonzalo Jiménez de Quesada en 1538, durante su encuentro en la sabana de Bogotá, comparten informaciones sobre ciudades doradas y un ritual chibcha en laguna de Guatavita, donde un cacique bañado en polvo de oro navegaba en la laguna, dejaba en ella ofrendas de oro y el mismo se sumergía para dejar el oro que estaba adherido a su cuerpo. Pronto la búsqueda de la ciudad hecha totalmente de oro se instala en las mentes calenturientas de los ambiciosos conquistadores. El dorado se buscó en Bolivia, en el norte de Argentina y en Chile, acompañando a historias de incas fugitivos que llevaban consigo el oro de sus maravillosos templos. El dorado ocupa también voluminosas páginas en los textos de los escritos de cronistas como: Fernández de Oviedo, Juan Castellanos, Pedro Aguado, Pedro Simón, Walter Raleigh, etc.

En México el mito se funde con el del oro equinoccial, aquella barra de oro que marca bajo la tierra el recorrido de la línea equinoccial del hemisferio septentrional. En Perú se buscó hasta hace muy la ciudad de Paititi, descrita por un jesuita internado en la amazonia como el sitio donde estaba todo el oro salvado por los incas. En las expediciones por el río marañón, llamado después río de las Amazonas, lograron ver desde lo lejos el brillo de las ciudades de oro de la poderosa tribu de los

Omagua. Ciudades de oro eran, según sus fantasías, las extrañas construcciones de Quivira y Cíbola, grandes poblados de los indos pueblos en lo que es hoy el sur de los EEUU. En Colombia perduró el imaginario del cacique de la laguna de Guatavita. Y por el Orinoco venezolano los expedicionarios de diversas naciones europeas, buscaban la esquiva ciudad de Manoa.

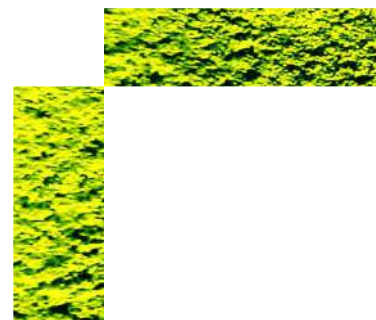
En Venezuela fueron halladas en 1552 las famosas minas de Buría, por el capitán Damián del Barrio. Estas originaron traslados y fundaciones, como la de Nueva Segovia de Barquisimeto. De efímera vida fueron estos recursos auríferos, pues las minas fueron destruidas por la rebelión del negro Miguel en 1532 y achuntadas, con el desvío de las aguas de un río, años después por los indios Jirajaras.

La realidad: la auyama, verde por fuera y amarilla por dentro, metáfora de la mina de oro

Las narrativas de la expedición de Alonso Pérez de Tolosa, va a permitir revelar algunas características del asentamiento de los pueblos originarios del valle de Santiago. Centros urbanos pequeños que se encontraban hacia la entrada sur del valle, hacia la banda izquierda del río llamada Zorca, una muy numerosa en el sitio de Táriba y otra importante en la loma del viento o Capacho. Las mismas tenían como centro, espacios comunes donde se encontraban centros ceremoniales y espacios para el intercambio de productos. Estos funcionaban también como un espacio cotidiano para el encuentro memorístico, para la planificación cotidiana y para el ejercicio de una especie de poder comunitario.

En todo el valle se va a reproducir un patrón de poblamiento andino que muchos han identificado como una gran planta de auyama. Centros poblados numerosos (Táriba, Capacho), unidos por una red de caninos con otros agrupamientos más pequeños ubicado en las laderas de las montañas, usadas después de hacer en ellas terrazas o andenes para sus casas y cultivos. Normalmente con especialización en determinado rublo o actividad, sin descuidar otros en menor escala para la subsistencia, que era intercambiado en los grandes centros

Más allá del valle, hacia las tierras bajas del norte y del sur, persistía un patrón de asentamiento amazónico. Este se caracterizaba



por la presencia de pequeños grupos familiares, con cultivos diversos para su propia subsistencia, que a lo largo de los caminos iban construyendo redes solidarias, con base a las alianzas familiares, pero con cierta independencia entre sí. Sus excedentes varios eran usados para comercializar con otros grupos ubicados en otros espacios geográficos, cosa que hacían ciertos miembros dedicados a ello.

La superposición de estas redes o circuitos productivos, sobre los centros de encuentro, reforzado por la presencia simbólica del sitio sagrado de una deidad agrícola y de intercambio de bienes, van a mostrar la forma metafórica de la mata de auyama, Un centro significado por el fruto, rodeado de múltiples ramajes, ramajes que los invasores destruían para llegar a un fruto que era abierto para extraer de él la pulpa amarilla escondida. Amarilla como el oro soñado y deseado enfermizamente.

En 1549, Ortún Velásquez de Velasco buscaba sitio para fundar una población que sirviera de centro de expansión colonial en la prometedora región. Velasco envía a “[...] Pedro de Urzúa y sus capitanes a que corriese lo más sustancial de la provincia [...] para buscar un sitio de fundación. Estos siguen hacia los llanos de Cúcuta y de allí hacia el Táchira. “Y vencidas las Lomas del Viento penetraron hasta el valle de Santiago, de donde vueltas y juntas en un campo las tropas, resolvieron por voto del maese de campo poblar en el llano del Espíritu Santo, sitio más deleitoso al parecer y que desde él, como centro, podían repartirse a la provincia las influencias del gobierno militar y político” Lucas Fernández Piedrahita).

Así Velásquez de Velasco y Urzúa, fundaría en noviembre de ese año, 1549, la ciudad de Pamplona. Desde el cabildo de esa “muy noble y muy hidalga ciudad” se organizarían las expediciones que buscarían conquistar la región de las sierras nevadas.

III. Contexto: 1558

Fray Pedro aguado en su libro undécimo, capítulo tercero, va a describir como Juan Rodríguez Suarez y la demás gente salieron del alojamiento de Cúcuta y fueron al valle de Santiago. “Este Juan Rodríguez era un hombre a quien los indios temían mucho por ser inhumano con ellos” (Aguado I, p. 354).

Se fue a alojar a la Loma del Viento, llamada de ese sobrenombre por la gran tempestad que en ella continuo corre de vientos de muchas partes de tan fuerte que... el tiempo que estuvieron alojados en esta loma no pudieron tener toldo ni tienda armada que todas las derribaba o rompía la furia del aire. **Comienzase desde esa loma las vertientes del valle de Santiago** [...] viéndose desde ese alojamiento algunos pueblos de indios que en las chapas fronteras y altos había... Iba Juan Rodríguez muy airado y enojado, porque en el camino que ese día había llevado se le había estacado o lastimado un caballo en ciertas estacas o dardos que para este uso tenían los indios puestos por junto al camino, entre altos pajonales; y queriendo apeteer su ira y cólera con hacer un abominable castigo, tomó de los indios que en poder de Juan Andrés halló presos, y con las propias flechas que en sus casas habían hallado, teniéndole los indios seguramente algunos soldados, él, con su propia mano, los flechaba y metía con crueldad de bárbaros las flechas por el cuerpo, sin merecerlo el delito ni saber si estos indios habían sido los autores de que él recibiese el daño que su caballo había recibido. (Aguado II, p.387).

Prosiguió Juan Rodríguez por el valle de Santiago adelante, y discurriendo por él lo anduvo todo en espacio de un mes. Los indios habían cobreado miedo a los españoles por algunas crueldades que ellos habían oído decir, y no osando esperar en sus poblaciones y casas les pegaban fuego retirándose ellos a lugares montuosos donde parecían tener seguridad... porque Juan Rodríguez, deseando que entre estos bárbaros fuese su nombre temido por sus crueldades, antes que, amado por misericordia, envió diversas veces a Juan Esteban con gente de noche a buscar rancherías de los indios [...]. (Aguado II, p.388)

El Sueño: el espíritu de la Caballería

La invención de lo extraordinario ha acompañado al género humano desde la más remota edad de su conciencia. Antecedentes de esto son Platón, que en el Timeo describe el reino de la Atlántida,

Teopompos de Quios que en el siglo IV aC escribe sobre la tierra de Meropica situada al final del océano atlántico. Plinio describió continentes remotos donde habitaban pueblos raros y Tomás Moro escribe su utopía inspirada en América. Pero fue la literatura caballeresca la que mejor cumplió esta función.

De amplia aceptación en España y Portugal, las narraciones de caballería van a servir como estímulo para participar en la guerra contra sus musulmanes, al proporcionar motivos, reales e imaginarios, para embarcarse en este tipo de aventuras. Ya desde el siglo XV y XVI las novelas no exaltan las figuras de los reyes y príncipes, sino la del mismo caballero que protagoniza las historias.

Sobre el imaginario caballeresco, se va a construir una moral castrense, secuela además de las conflagraciones de España justificadas en las bulas papales que las presentan como guerras justas. Esta valoración hecha por el mismísimo representante de Dios en la tierra, excita el orgullo nacional traducida en el culto al héroe y al conquistador. De aquí se explica la fuerte motivación religiosa que el fenómeno produjo y la presencia de un santo que encarnara, cristianizando, estos valores. Así el apóstol Santiago, cuyo cuerpo había sido traído milagrosamente a Compostela, se transforma en Santiago Matamoros, que va a pelear al lado de las huestes españolas contra los musulmanes (moros) y que luego los acompañará en sus guerras ante cualquier enemigo. En América contra los indios, aparece como abanderado de las huestes, gallardo jinete en caballo blanco, la espada desenvainada, Santiago Mata indios.

Sin duda queda aquí, la pervivencia de la ideología del señor feudal y de las aspiraciones de estamentos que propugnan por alcanzar el poder a través de la hazaña bélica. Así la aventura, la fantasía y la codicia, parecen fundirse en un solo haz motivador tras esos sueños o anhelos, como alimento surreal Pereira, 1991, p.10ss).

Realidad: esas indias equivocadas y malditas (Fernosio, 1990)

El totalitarismo diacrónico, criterio estético de la grandeza como categoría dominante en la valoración de los hechos de la historia. Divina preponderancia de lo europeo como justificación del frenético ejercicio de dominación. Es decir, es la raza elegida por dios para someter las inferiores de América.

Los perros, de tanta importancia como los caballos, se traían por jaurías. Lebreles o álamos, cruce de dugo y mastina, eran unos auténticos expertos en la persecución, verdaderas armas mortales capaces de actuar solos, dúctiles al adiestramiento. Ellos dan caza a indios fugitivos y ajustician prisioneros. En la memoria de muchos quedaron Leoncino y su padre Becerrillo, perros de Vasco Núñez de Balboa que lo acompañan en sus expediciones por el Darién. Los primeros perros fueron introducidos por los Welser: Alfinger, Vascuña, Spira y Federman.

El tan defendido mestizaje no es otra cosa que el producto de las únicas relaciones sexuales entre el blanco varón y mujer india. Es el producto de la violación de los conquistados por los conquistadores. También deben señalarse las numerosas enfermedades traídas por los cristianos al nuevo mundo. Esto originó la apertura de inmensas fosas comunes que albergaron poblaciones enteras.

IV. Contexto. 1560

Aunque Juan Rodríguez Suarez descubrió **el valle de Santiago, que en lengua de sus propios naturales el llamado Zorca** [...] pues como este valle estuviese apartado de Pamplona más de doce leguas, y los encomenderos no se atreven a entrar en él ni sus poblaciones a servirse y aprovecharse de los indios, por ser belicosos e indómitos, y que si no era con violencia no les hacían humillarse, concentraron que en ese valle se poblase una Villeta sufragánea a su pueblo. (Aguado II, p. 461)

[...] y para que se poblase y repartiese los naturales que a ella habían de ser sufragáneos, nombraron al capitán Juan Maldonado, vecino de Pamplona, como a persona que ya tenía bastante experiencia en semejantes negocios, y le dieron poderes e instrucciones de lo que debía y había de hacer [...]. (Aguado II, p. 462)

El Sueño: en el cual se describen algunas bárbaras costumbres de los indios del Valle de Santiago (Aguado II)

La razón ilustrada de Europa, tiene concepciones y temas radicalmente distintos al que se origina del pensar de los pueblos

originarios. Los conquistadores piensan desde el desprecio e incompreensión de los mitos. La verdad occidental, sencillamente, no alcanza para comprender la lógica del pensamiento de los pueblos originarios.

Surge así el discurso del buen salvaje, que le atribuyen algunas virtudes a los naturales de estas tierras.

La gente de todo ese valle [...] son indios de buena disposición y bien hechos y proporcionados y bien agestados, harto más que las mujeres [...] precíance de mucho cabello que llevaban recogido y cubierto con hojas anchas [...] viven en barriezuelos o lugarejos de ocho o diez bohíos [...] visten con samalayetas, vestidos que les cubren casi todo el cuerpo [...]. (Aguado II, p. 272s)

Paralelo a este otro discurso que va a hacer énfasis en otros elementos considerados negativos por los conquistadores, el mal salvaje.

[...] en sus costumbres y manera de vivir no son menos bárbaros que otras gentes indianas y aún digo que más, pues entre ellos ni hay principales ni señores que los dirijan y gobiernen... no usan hacer ninguna veneración a criaturas por dios [...] los adulterios no los venga el marido sino los hermanos y parientes de la mujer [...] los hijos tienen el dominio sobre los padres, si un padre azota al hijo, moriría luego [...] pocos ritos en enterramientos mortuorios [...] mojanos y farautes tienen trato con el demonio en montes, arcabucos y partes lagunosas y cienagosas. (Aguado II, p. 473s)

La realidad: la sabiduría de los pueblos originarios

La lógica del pensamiento de los pueblos originarios no es la búsqueda de la verdad, según esta es entendida por el paradigma occidental. Más que explicaciones lógicas de los fenómenos, la preocupación de estos pueblos se dirigía a lo que se puede llamar como: el sentido de su existencia. Es decir, encontrar una lectura de lo real hecha sobre un imaginario creado a partir de su particular camino de reflexión.

Así se llega a un tipo de conocimiento más cercano a la categoría del saber. El saber se trata aquí, de ordenar el sentido de la existencia

dentro del cosmos. Se entiende por cosmos toda la realidad del universo. Así se logra la comprensión del mundo, que supone la totalidad de la experiencia de vida.

El pensamiento de los pueblos originarios, tiene en el mito su expresión más acabada. En él se va a reflejar y representar sus intuiciones más profundas: la experiencia sagrada de la naturaleza, el crecimiento de la vida humana, de la cultura y los imaginarios que le permiten entender el mundo. Pero también en el mito se encuentra las bases de sus constructos éticos, políticos y económicos, así como las experiencias humanas que interpelan y los grandes postulados de la vida perpetua.

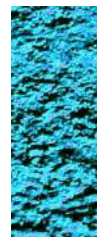
V. Contexto: 1561

Maldonado [...] se salió de las poblaciones de Azua y Cazabata, y entró por el Valle de Santiago y sus poblaciones que, como he dicho, de sus propios naturales es llamada Zorca, en donde para con más facilidad correr y descubrir todo en lo que en la provincia había, acordó Maldonado poblar la Villa [...]. (Aguado II, p. 470)

En este sitio y sabana pobló el Capitán Maldonado la Villa o lugar, muy diferente de la comisión que le había sido dada, que fue causas de hartas disensiones [...] **El nombre que le puso fue La Villa de San Cristóbal**; su fundación fue por el mes de marzo del dicho mil quinientos y sesenta y uno. Los actos y ceremonias de su fundación fueron los que en las ciudades se suele hacer [...] las condiciones con que las pobló fue hacerla libre y exenta de la jurisdicción de Pamplona. (Aguado II, p. 470)

Este Valle de Santiago es casi triangular, que lo hace ser así la quebrada y las aguas que bajan de la loma del viento y de otras cumbres y sierras que por allí hay, que casi caminan derecho a donde está situada y poblada casi al medio del valle, donde la cogen los naturales que hay en ella. **Es de alegre cielo y apacible temple** [...]. (Aguado II, p. 471)

Es una tierra muy fértil y acomodada a darse en ella todo género de fruta, así los naturales como extranjeros; pero de las cosas necesarias, que son el principal sustento de los indios,



como son maíz, yuca, batata, auyama, pescado y mucho género de comidas y legumbres, excede y sobrepuja con esto a toda la más de la tierra de Pamplona, y en los algodones, que los hay muchos y muy fructíferos y de muy buen algodón de que se hacen mantas y otro género de lino [...] de que se hace muy buen hilo y muy delgado [...]. (Aguado II, p. 471)

El Sueño: la fundación de San Cristóbal constituyó un acto de rebeldía, un grito de libertad y muerte (Salazar, 2011)

La fundación de la Villa de San Cristóbal ha sido identificada como un acto completo de rebeldía. De hecho, se trata de una rebeldía donde se identifican tres actos fundamentales. En primer lugar, una rebelión en contra de los encomenderos de Pamplona. La Villa se desmarca totalmente de la ciudad de donde provienen sus fundadores. Estos nombran sus propias autoridades, hacen los repartimientos de indios y tierras sin que medie para ello autoridad ninguna. A pesar de su estatus de Villa, se declara independiente de la tutoría de Pamplona.

En segundo lugar, surge una rebelión contra los mismos fundadores por la forma en que estos se repartieron el poder, los indios y las tierras. Pronto serán depuestos y repartidos de maneras distintas estos bienes, de modo de favorecer más gente y de estimular la presencia de nuevos colonos.

Y por último, la rebelión indígena contra esas personas venidas de lejos, usurpadores de sus tierras y de su libertad. Lucha que se mantendría por muchos años y donde en varias oportunidades los vencidos de la historia, lograron causar graves daños a la Villa y sus habitantes. Por esto de ser San Cristóbal es Santo Patrono de la ciudad, protector de las aguas de los caños y quebradas que atraviesan las húmedas terrazas del valle, así como el gran río nombrado Tormes como el de la región de nacimiento del fundador, se pasa pronto a la protección de San Sebastián. Este último es el gran protector de las dolorosas flechas envenenadas que atraviesan las carnes de los europeos.

La realidad: La Villa, centro urbano

Los españoles trajeron una forma de vida urbana que impusieron sobre las sociedades indígenas que antes y después de la conquista y

hasta el siglo XIX, seguirán siendo predominantemente rurales. La ciudad fue la forma de vida que adoptaron por conveniencia administrativa y comercial. Por seguridad y porque respondía al espíritu gregario de los españoles. El campo siguió siendo indígena, aunque su paisaje fuese parcialmente cambiado por nuevos cultivos, nuevos animales domésticos y hasta nuevos árboles y plantas.

Desde 1531 las leyes de indias regulaban las nuevas ciudades americanas sobre un modelo común. Este consistía en una cuadrícula de elementos iguales, con una plaza central donde se ubican los edificios principales. Plazoletas frente a las otras iglesias, plazas con portales y anchas calles principales. Nuevas disposiciones fueron impuestas en las ordenanzas de 1573 y en las leyes de 1681, como la anchura y orientación de las calles de acuerdo al clima de la región. La ubicación de la plaza principal en ciudades marítimas o del interior, así como la reserva de ciertos terrenos comunales o ejidos.

Durante las primeras décadas de la fundación de San Cristóbal, las decisiones sobre su emplazamiento y posterior crecimiento y desarrollo, se hicieron casi de forma experimental. Los criterios de localización y las nuevas formas urbanas, fueron mejorando progresivamente. Las primeras descripciones hablan de una factoría fortificada, usado como centro de protección e intercambio dentro del proceso de conquista y penetración regional. Luego daría lugar a un poblamiento más definitivo en el que, gradualmente, se va imponiendo relativamente, ese modelo referido.

Lecciones sobre urbanismo de los pueblos originarios

Hoy La Villa de San Cristóbal, como muchísimas ciudades del mundo, se ha construido y desarrollado sobre el derroche y la banalidad. Una cultura de neurosis, agresión e irrespeto dentro de una ciudad a la que se le decidió, desde lejos, dejarla como un salón de fiestas al comienzo del año. Una cultura de la violencia y la contaminación se ha generado en torno a ella. La cultura de la muerte de los árboles para que pasen más automóviles. Cultura de la anarquía del asalto y la inseguridad, del racismo y del odio (Salazar, 2011).

Y es que la civilización actual ha transformado totalmente el concepto y uso de la ciudad. Ya no se aspira vivir en un centro que produzca compañía y comprensión, que ilustre y eduque a sus



habitantes. Donde se guarde memoria de los hechos nobles y sigan vivas las buenas realizaciones de los antepasados. La ciudad moderna se ha convertido en un sitio para la instrumentalización de los negocios del mundo capitalista. Un escaparate para exponer las mercancías y aumentar la comodidad material. Un centro de contratación de placeres y de exclusión de aquellos que no pueden pagarla.

Al contrario de todo esto, los pueblos originarios valoraban el espacio abierto como la unión entre lo celeste y lo terrenal, dentro una estimación religiosa de la naturaleza. El espacio va a tomar forma desde dimensiones proporciones y ritmos que corresponden a las vivencias y a los tiempos desarrollados en él. Su forma va a ser el resultado de la esencia y las modificaciones plásticas de la materia, en correspondencia con la situación que le dio origen.

Así, la concepción de espacio urbano está relacionado con la naturaleza y con la cosmovisión y la cosmografía, reuniendo en todo lo natural real con lo místico espiritual. Algunas características arquitectónicas, que van a responder a estos elementos serían: trazos de los ejes en sentido del norte geográfico del momento. Un centro ceremonial como un espacio de unión simbólico del cosmos con la región paisajística, es decir una unión entre la realidad y las correalidades capaces de generar contenidos de conocimiento y emoción. Y finalmente, un centro comunitario de intercambio, reuniones y alianzas para el mantenimiento de la vida de todos.

Y es que la ciudad debería ser el resultado de una experiencia humana que interpela y que permita corregir visiones sesgadas de la realidad y construir alternativas profundas.

Bibliografía

- Aguado, Pedro (1963). *Recopilación Historial de Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Camacho, Mario (2011). *El urbanismo americano*. RNC- Ecuador, Quito.
- Castillo, Lucas (1987). *Elementos historiales de San Cristóbal colonial*. BATT, Caracas.

- Cunill, Pedro (2011). *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*. Fundación Empresas Polar, Caracas.
- Durán Reina (1998). *La prehistoria del Táchira*. Museo del Táchira, San Cristóbal.
- Fernández de Piedrahita, Lucas. (1962). *Historia general de la conquista del Nuevo Reino de Granada*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Margariños, Santiago (2007). *Ciudad y hombre*. PDVSA, Caracas.
- Pereira, Gustavo. (1991). “El espíritu de caballería en el nuevo mundo”. En: *Revista Imagen*, n.º 100, Caracas.
- Sánchez, Rafael (1990). “Esas indias equivocadas y malditas”. En: *Araucanía de Chile*, n.º 47, Madrid.
- Sánchez Samir (2015). *San Cristóbal Ubs Cuadrata*. UCAT, San Cristóbal.
- Salazar, Temístocles (2011). *La fundación de San Cristóbal, la otra historia*. El perro y la rana, San Cristóbal.
- Simón, Pedro (1963). *Noticias históricas de Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Salvioli, Armando (2004). “El desencanto del nuevo mundo”. En: *Revista de crítica Literaria Latinoamericana*, n.º 60, Lima.
- Sergre, Roberto (1983). *América Latina en su Arquitectura*. Siglo XXI, México.

